

## SOBRE LAS NECESIDADES DE UNA EXPLORACION LINGÜÍSTICA DE EUSKAL HERRIA

I. *Dialektologi ikastaroa*

Deba, 1981-IV-26

Luis Michelena

Por lo que me toca, pecaría de imprecisión si dijera, como es habitual decirlo en estas o parecidas ocasiones, que asisto con profunda satisfacción a los novísimos de este primer Curso de dialectología organizado por Euskaltzaindia, en cuyos orígenes he tenido algo que ver; pero poco, siento decirlo, en su desarrollo. Más bien que de satisfacción se trata de un sentimiento de alivio, ligero todavía, al pensar que uno va a verse libre, al cabo de decenas de años, del peso que representa una grave deuda que carga, y no repartida, sobre las espaldas de cada uno de nosotros. Esa deuda la tenemos contraída con nosotros mismos, en primer lugar, y con el mundo en general, que nos la reclama de vez en cuando, después.

En efecto, no deja de ser chocante, si bien se mira, y hasta acusadora para nosotros, la situación en que se encuentra el País Vasco en lo referente a geografía lingüística, y País Vasco va entendido aquí como Euskal Herria en el sentido más restrictivo del término. Poseemos una lengua cuya originalidad, considerada *hic et nunc*, e interés general nadie discute, lengua de la que, además, por buenas y hasta malas razones nos sentimos por lo general orgullosos. Los límites de Vasconia, por otra parte, son reducidos hasta en las enseñanzas más exaltadas y hay que reducirlos mucho si nos hemos de contraer a la zona en que la lengua vasca tiene todavía raíces tradicionales no demasiado alejadas del tronco.

Esta zona, en su corta extensión, está muy bien comunicada, y se halla situada en un país rico en comparación con sus vecinos, o que lo era al menos no hace tanto tiempo. País industrializado, más bien caótica y hasta criminalmente, sin que nadie o casi nadie, *nota bene*, se haya opuesto hasta ahora, en que abundan las lamentaciones parietarias, a ella, aunque se deploraran sus consecuencias. Es que en los últimos tiempos se ha convertido en la especialidad del país la afición a hartarse de tortilla sin romper ningún huevo.

Sea de esto lo que fuere, es el caso que, a pesar de nuestro espíritu confesadamente moderno y modernista o acaso más bien a causa de él, disponien-

do de recursos y, entusiasmos sobre el papel más que suficientes, todavía no hemos explorado de una manera medianamente satisfactoria nuestra rica y demasiado rica proliferación de variedades regionales y locales. Estamos, más o menos, donde nos dejaron Bonaparte y Azkue, sobre todo, en un punto razonablemente avanzado para aquellos tiempos, pero que ya no lo es para los nuestros.

Bien es verdad que no hemos sido ni somos los únicos culpables de esta circunstancia. La investigación lingüística, y no va sola, no ha tenido base institucional suficiente en nuestro país, que es donde lo ha de tener por necesidad, si se ha de trabajar a fondo lo vasco: todavía nos hallamos en los primeros pasos de un proceso que nos urge acelerar en lo posible. Los periodos de paz y libertad de que hemos gozado desde que renació con tono ya moderno el estudio de los elementos de nuestra cultura han sido demasiado cortos y demasiado agitados por otras preocupaciones. Sin despreciar ni mucho menos lo anterior, la *RIEV* empieza en 1907, la Sociedad de Estudios Vascos (y con ella, como se sabe, nace Euskaltzaindia) en 1918, para que poco después, con la Dictadura quede por lo menos frenada una actividad que se anunciaba prometedora. La República, llegada en lo profundo de una crisis mundial y muerta no sin honor al exacerbarse las consecuencia de aquélla, duró poco y llevó una vida poco tranquila, aunque estimulante para los que la vivieron. Sólo ahora, de pocos años a esta parte, creemos tener al alcance de la mano unas posibilidades que, aunque precarias y amenazadas, deben ser aprovechadas al máximo.

Yo, al menos, pienso que lo que se ha empezado a construir en lo referente a la lengua, muy pronto después de iniciada nuestra postguerra, no será fácil de deshacer, pase lo que pase y empéñese quien se empeñe. Y ahora, por el momento, estoy hablando de la lengua en cuanto objeto de estudio, nunca del todo desinteresado: en otras palabras, de la lengua en cuanto puede ser *ikergai bikain ere bai, zenbaitentzat*. No es ésta seguramente, en lo referente a la lengua, tarea única ni primordial, lo que no quita que también pueda ser importante y valiosa, por razones tanto directas como indirectas. Además, como ya he indicado en otra ocasión, empezando por la nuestra, tal vez podamos también contribuir un día al conocimiento de otras lenguas y del lenguaje humano en general. Y, al fin y al cabo, la lingüística no está aislada, ni mucho menos, en el campo de las ciencias humanas ni en la totalidad de las ciencias reales. No es pues temerario pensar que el interés por la lengua y por las lenguas pueda llegar a constituir entre nosotros uno de los centros de atracción desde los cuales vaya a extenderse, en círculos cada vez más amplios, la actividad docente e investigadora.

Bien. Vuelvo al punto de partida que aquí es el hecho, demasiado cierto, de que nuestra abundancia en variedades regionales, comarcales y locales, abundancia un tanto engorrosa en otro orden de cosas, es mal conocida. Y, por si eso no bastara, corremos ya grave riesgo de que ese conocimiento se

pierda para siempre en medida nada despreciable. Aunque este interés no tiene por qué ser único señor en dialectología, que atiende también al presente en cuanto tal y en cuanto prefiguración del futuro, es innegable que en los estudios dialectológicos se busca descubrir, y no por moda pasajera, las huellas del pasado en los hechos actuales. Y estas huellas serán tanto más fidedignas cuanto menos alteraciones haya sufrido la tradición, la transmisión del saber lingüístico —y del saber envuelto en la lengua— de una generación a otra.

Mucho es sin duda lo que se ha perdido, en cantidad (dada la reducción del espacio, no sólo en las fronteras externas) y en calidad, durante los años en que venimos hablando de Atlas lingüístico o de encuestas generales, sin haber podido poner manos a la tarea. Pero hoy puede decirse que la degradación de la información recuperable ha llegado prácticamente al límite por obra también de las tendencias unificadoras —ya no juegan sólo las derrotistas— y de los nuevos modos cada vez más en uso en el aprendizaje y enseñanza de la lengua. Es comprensible que haya quien desee asegurar a la vez la vida de la lengua y la de las hablas locales, manteniendo éstas en su pristino e incontaminado estado, pero, como los dos objetivos son de toda evidencia incompatibles entre sí, la mayoría de la gente activa ha optado, y bien optado, por la salud de la lengua en forma de *koiné* con su tanto de artificialidad inherente a todo instrumento cultivado y destinado a ser medio de comunicación fuera del ámbito de lo cotidiano y sus apéndices. Es altamente probable, al fin y al cabo, que los dialectos vascos actuales procedan de otra *koiné* que llegó a imponerse no hace tanto tiempo, si éste se cuenta por el reloj de la historia.

Me parece que resultaría útil comparar, sin malevolencia alguna que no tendría sentido al cabo de tantos años, la situación actual, y nuestros proyectos más o menos explicitados, con la encuesta que Euskaltzaindia planeó y llevó a cabo en la totalidad del territorio de habla vasca, durante la Dictadura. En espera de que sus materiales, mal publicados por quien al parecer cargó con la responsabilidad principal, Nicolás de Ormaechea, aparezcan ahora editados por Ana M.<sup>a</sup> Echaide, valdría la pena de examinar detenidamente alguno de los cuadernillos, aunque no esté relleno, que se imprimieron con ese fin: *Erizkizundi irukoitzza (Triple cuestionario)*. *Euskaltzaindiak bere erabakiak errotsuago izan ditezen erriari aurkezturiko irutzuk erizkizun: I. Itzen oisa (Cuestionario fonético)*. *II. Itzen erabidea (Cuestionario morfológico)*. *III. Itz batzuen erabilkera (Cuestionario lexicográfico)*. Las instrucciones preliminares de Azkue están fechadas en 1921.

Hay que señalar, antes de nada, para evitar comparaciones que sobre odiosas como siempre sean además injustas, que los fines que movían a la Academia de entonces, claramente especificados en la portada de los cuadernillos, y a la de ahora son casi opuestos. Se iba entonces tras una finalidad práctica: se buscaba la justificación del uso popular para decisiones que habrían de tomarse para la adopción de alguna forma unificada y normaliza-

da de la lengua. Ahora, por el contrario, se busca en principio conocer por conocer, lo cual no significa que los resultados no puedan ser utilizados, y lo serán sin duda, para fundamentar mejor decisiones prácticas. Lo que entonces se pensó como objeto principal, parece ahora secundario, y viceversa.

Pero, de cualquier modo, es aconsejable que algunas deficiencias, que ahora nos parecen patentes en el plan y en la realización de aquella encuesta, no se repitan en la nueva. Esto es factible en buena medida, por aquello de que de los escarmentados nacen los avisados. Más difícil será evitar los errores de nueva planta que inevitablemente van a escapársenos.

Así, pues, sin otro objeto que el de señalar escollos futuros —puesto que, aunque un tanto descarriados, no dejamos de ser hijos, nietos o biznietos de los que en aquella empresa metieron sus manos—, señalaré que, a mi entender y descontada la peculiaridad de sus intenciones, adoleció, antes que nada, de dos defectos, que resumiré así:

1. El cuestionario no estaba bien pensado, al menos en muchos de sus detalles, ni siquiera para el fin para el que se habían ideado las preguntas.

2. Los encuestadores, muchos de los cuales unían a su falta de preparación un peligroso desconocimiento de los riesgos a que los exponía sin remedio su amateurismo, no recibieron de nadie instrucciones adecuadas para realizar su tarea (considerada siempre como mucho más sencilla de lo que era) con un mínimo de errores. La coordinación entre ellos parece haber sido nula, de modo que cada uno se movió a su aire en los puntos que le fueron asignados.

Empezando por el segundo punto, vale la pena de copiar y comentar la “nota final” que “Orixe” añadió a la lista de los informantes que fueron consultados en los distintos lugares: cf. *Euskera* 11 (1930), 62-71 (grafiak eta gainerakoak zeuden zeudenean utzi ditut, letra bikoitzak sartzeaz landa):

“Nor bait arritu liteke alako edo olako erritan nik artu-itzetaz, berak ala arkituko ezpalitu. Ez da arritzekoa, adiskide; nerau berriz ibiliko banitz, eta lengo erizleai berai galdeginen banie, amaika aldiz okertu bearko nuke len artutakotik. Lan oetan den nekeza oartzen dutenairi ez nieke ezer esanen; baño baten batek atxikiko ezpalu, irakur bitza Arbizu-ko erriko izketaz egin diren bi liburuak. Bi lagunek galdegin zuten, baño bati berari, Bernardo Maiza-ri, egundaino erritik aldegin ez dun gizonari. Ikus zer ipiñi digun bata, zer bestea.”

Y sigue una lista de 34 divergencias observadas en los cuadernillos de los dos encuestadores. No es cosa de discutir en el vacío, sin contraste objetivo, quién de los dos se aproximaba más a la realidad y quién menos. Sea lo que fuere, si a uno le respondieron *nigatik*, *arengatik*, etc., y al otro *nitaz*, *aretzaz*, etc., salta a la vista que o la pregunta no se hizo de la misma manera o la cuestión fue entendida de dos formas diferentes; del mismo modo, tam-

bién se hace difícil de creer que los demostrativos *ok* y *onek* pueden ser ejemplos de polimorfismo.

Por otra parte, hay en algún caso desviaciones sistemáticas: así el que apuntó *zorris*, que parece lo justo, anotó *zurittu*, *aitta*, *eretten*, *loittu*, frente al que tomó, junto con *zorriz*, *zuritxu*, *aitxa*, *loitxu*, pero *eretten*. Y por grande que fuera allí el polimorfismo en todas las esferas de la lengua, uno teme ser injusto con Bernardo Maiza, arbizuarra de pro, al hacerle responsable de tantas variaciones entre respuestas que dio, como si dijéramos, unas a continuación de otras; en tal supuesto, la única explicación racional sería que se propuso tomar el pelo a los preguntones. No obstante, hay otras explicaciones posibles, además de la manifiesta divergencia en la manera de preguntar, manifiesta a través de los resultados.

Una, que salta a la vista, es que ambos, y con más razón los varios colaboradores de la Academia que intervinieron, por ejemplo, en Vizcaya, no se habían puesto previamente de acuerdo en cuanto a la transcripción de los datos, sin contar con que el sistema gráfico de la Academia de la Lengua Vasca, que para estos fines es el mismo de hoy, es muy poco apropiada para reflejar matices fonéticos y hasta en algún caso diferencias fonológicas.

Como todo dato recogido y transcrito es un dato interpretado en distintos planos (así se acepta o no, por ejemplo, que lo oído se adecúa o no a lo preguntado), hay que precisar que su transcripción ya lo fija en una nueva forma que el ingenuo podrá considerar y considera a menudo isomorfa a la anterior. Es, sin embargo, inevitable que entre lo oído y lo escrito medie algún género de norma o subnorma, por la que se cree oír lo que no se ha pronunciado o se corrige lo que se ha creído oír. Tovar dijo en cierta ocasión, hablando de Azkue, que éste, como eslabón de la tradición con plenos derechos, considerándose fuente tanto como recolector de ésta, se creía por ello facultado para retocar lo que oía o leía, obedeciendo a más altos imperativos que la fidelidad al texto.

Y no faltaban ocasiones, en nuestro caso, para desatender el texto: como el encuestado creía saber a dónde apuntaba la mayoría de las preguntas, pudo bien fijarse en ese detalle y descuidar los demás, cosa que uno de ellos por lo menos hizo de modo sistemático. Supongamos, por precisar el punto, que un occidental tenía que transcribir la respuesta relativa a *ozpina* ‘el vinagre’ (elección más bien extraña, ya que para muchos euskaldunes es a lo sumo un cultismo): posiblemente pensara que le era suficiente con anotar bien *n* o bien *ñ*, puesto que esta parecía ser y no otra la razón de la cuestión. Hecho esto, pudo conservar la grafía “correcta” que figura en la pregunta, aunque la sibilante que oía no entrara precisamente en la clase de sonidos que se suelen transcribir por *z*. Algunos de los transcritores, por otra parte, bien podían ser incapaces de distinguir *sama* de *zama*, etc., y mucho más de afinar en los matices de la sibilante fricativa cuando ésta era única, como ocurría en un muy extenso territorio.

Me haría culpable de reiteración si repitiera, a coro con otros, que el voluntarismo, con la improvisación como secuela práctica, ha sido, y es todavía, causa principal de nuestros grandes males. Repetiré, sin embargo, que el amateurismo es demasiado visible en quienes intervinieron en el planteamiento y en la puesta en práctica de lo planeado entonces. Son brillante excepción algunos de los encuestadores, y me limito a citar a Henri Gavel cuyas dos encuestas suletinas están ya publicadas *in toto*, pero no se cuentan entre ellas ni Azkue, patriarca del proyecto, ni "Orixe", su ejecutor principal sobre el terreno.

Pasemos ahora a la calidad del cuestionario, teniendo siempre muy presentes las consideraciones que lo motivaron. Como tuve el honor de señalarlo un día a "Jolu" (simple caballero con pseudónimo entonces, que hoy ha encontrado asiento, si no me equivoco, en el orden senatorial), apropiándome de algo que es o debería ser un lugar común, para obtener buenas respuestas hay que hacer, antes de nada, buenas preguntas. Y no se deben diseñar éstas en la soledad del despacho fundándose en conocimientos teóricos: tienen que ser ensayadas (porque muchas veces la pólvora resulta mojada) sobre el terreno, una y otra vez a ser posible. *Usteak alderdia ustel* reza el refrán que según Garibay dicen "por los hombres que atienden a esperanzas vanas" o, lo que viene a ser lo mismo, "porque por la mayor parte en las cosas de la vida son las esperanzas de inciertos fines".

Me limitaré a los sonidos, y pondré dos ejemplos, o dos variantes del mismo, que aclararán mejor que un discurso lo que quiero decir. No se puede excluir *a priori* que quien pronuncia palatal la lateral de *neskatila*, *orkatila*, tenga que pronunciar de la misma manera la de *mutila* (I, 9 Z: "*Mutila, neskatila ta orkatila ala mutilla, neskatilla ta orkatilla?*"); lo mismo se aplica a la nasal de *burdina* en relación con la de *argina*, *ozpina* (I, 46: "*Argina, burdina ta ozpina ala argiña, burdiña ta ozpiña?*"). Salta a la vista que son magnitudes no homogéneas ya que, sin salir de la morfología, *-a* es el artículo determinado en *mutila*, *argina* y *ozpina*, mientras forma parte del tema en los otros tres.

Es difícil que Azkue pasara esto por alto, puesto que nos consta que lo sabía tan bien como nosotros y hasta mejor, ya que él nos lo enseñó tanto como cualquier otro. Pero no puede considerarse un acierto el que las preguntas se hicieran de una manera global, identificando lo inidentificable, a riesgo inminente de lanzar a encuestadores y encuestados a una especie de *wild goose chase*.

Hoy hay derecho a asegurar que ciertos estados de ánimo, dominantes o muy extendidos en ese pasado al que nos estamos refiriendo, han perdido fuerza o han desaparecido del todo, al menos entre la minoría que se ocupa de lingüística, que es en el fondo la única que cuenta. Dada por supuesta, por lo tanto, la buena disposición de los presuntos investigadores, no queda otro problema que el de su capacidad o, acaso mejor, el de su capacitación.

Constituye una circunstancia muy desfavorable, que ha contribuido sin duda al retraso de la geografía lingüística en nuestro país, el hecho de que la fonética sea una disciplina que apenas ha tenido cultivo entre nosotros: si hablamos de fonética instrumental, nos faltan tanto los medios como los conocimientos indispensables para valernos de ellos. De esta indigencia se resienten, y mi testimonio puede aquí tener algún valor, hasta trabajos de cierto empeño en que se huye de entrar en el resbaladizo terreno de la base acústica y auditiva de los sonidos del lenguaje humano.

Cuando la buena nueva de la fonología, más bien praguense, llegó, no sin retraso, a nuestros valles y montañas, se pudo acaso pensar que la fonología nos deparaba un atajo que nos evitara los intransitables caminos de la fonética. Todo se reducía, al fin y al cabo, a distinciones pertinentes (cuyo soporte físico no lo era, sin embargo, o no lo era tanto), hechas o no hechas en una lengua familiar que cualquier hablante, sin otro saber que el implícito de su competencia, podía percibir sin dificultad. Este expediente era, con todo, falaz como nacido de la comodidad, y así lo vimos muy pronto incluso si alguna vez habíamos llegado a concebir otras esperanzas. Si uno supiera de antemano lo que van a pronunciar hablantes de distintos puntos del país, la encuesta sería ociosa. Los Atlas lingüísticos y la dialectología en general han sido y son refractarios (ya sé que Gregorio Salvador, con mejor conocimiento, piensa otra cosa) a planteamientos estructuralistas, clásicos y menos clásicos. Lo que se recoge en cada punto es pura y simplemente un corpus, por más que se trate de un corpus cuya composición se ha tratado de programar antes de empezar la encuesta, y no suele haber tiempo sobre el terreno para entrar en el examen de delicados matices de coincidencia y diferencia entre elementos lingüísticos registrados del orden que sea.

Así pues, somos claramente deficitarios por el lado de la fonética. Habrá que cubrir el déficit gracias a la ayuda de fuera, y esperar que, si se procede de manera bien calculada, la ausencia o escasez sean compensadas en plazos relativamente cortos. Por fortuna, aquí mismo, en Deva, se han empezado a cubrir huecos. Darnos cuenta de que existen ya nos pone, por sí solo, en el camino de la salud.

Fuera de lo fónico, somos en principio mucho más capaces de valernos por nosotros mismos. Morfología, sintaxis y léxico cuentan con buenos conocedores en número nada bajo, de modo que, si se llega a preparar un cuestionario que no nos lleve, por volumen o por dificultad, fuera del ámbito de lo posible, cabe prever que podremos afrontar y resolver los problemas que lleguen a plantearse.

La parte dedicada al léxico en cuanto tal, que suele ser la parte del león, no presenta mayores obstáculos. Hasta se diría que cualquier cuestionario de zonas próximas, acomodado al tamaño deseado, podría servir con algunos retoques cuya introducción, aunque delicada, no parece que fuera a ser obra de romanos.

Quedan, y conviene señalarlas, las trabas, con frecuencia embarazosas, nacidas de la naturaleza del material, que difiere en muchos respectos del que se daría en una lengua románica, céltica, germánica, etc. Así, una de las más molestas es consecuencia del hecho de que lo que para la mayoría de los euskaldunes es la respuesta mínima suele incluir, cuando se trata de nombres en general, aún en singular, un determinante, el artículo (determinado o indeterminado), un demostrativo, etc.: *semea, seme bat, semeak, seme batzu, seme hau, begi hura...* No es que esas formas carezcan de interés, ya que se suelen oír de bastantes formas diferentes (así, por ej., *semia, semeat, semiak, semeatzu, semiau, begiyura*), pero también importa, en ocasiones mucho, averiguar cuál es la forma del tema nudo, que usualmente sólo puede lograrse por medios indirectos: *hiru seme, zenbat begi, zenbait gizon*, etc. Pero duplicar cada una de estas preguntas no es un expediente muy barato.

Además, en tales cuestionarios suele haber, en la medida en que está vigente una tradición que no carece de razones en abono, una parte dedicada a lo que se solía llamar fonética histórica. Ahora bien, ya se sabe que esa sección del cuestionario se prepara sin trabajo cuando se trata de una lengua románica, ya que el latín nos es conocido y también se conocen otras lenguas de la misma familia. La situación es menos favorable en el caso de lenguas célticas, germánicas o eslavas, por ejemplo, pero la reconstrucción comparativa es capaz de sortear el escollo, con un pequeño rodeo.

En nuestro caso, no hay otra salida que la de recurrir a la conjetura y hacer una selección de palabras que a la variación formal unan en lo posible una gran difusión en el espacio: así, los nombres del “hierro” o de la “golondrina”. Atención especial merecerían sin duda los representantes de aquellas palabras en que el mismo patrón de variación se repite en aproximadamente las mismas áreas: así, *arrai(n)* “pez” como *artzai(n)* “pastor”, o *arrazoi(n), arrazu, arrazio* “razón”, comparable por lo que hace a su terminación con bastantes otras palabras. Como se echará de ver, se trata por lo general de las variantes que están inevitablemente presentes en cualquier debate sobre los problemas de la unificación ya que la opinión general suele inclinarse por la adopción de una, no siempre la misma para todos, con exclusión de las demás.

De cualquier modo, habrá siempre en los apartados que se quieran establecer una cuestión de economía. Si al cuestionario se le asigna un tamaño, un volumen fijo, lo que se agregue a la exploración de un aspecto de la lengua habrá que sustraerlo a otro o a otros. Por todo ello, a duras penas se llegará a soluciones equilibradas si no se reúnen en los planificadores dos condiciones que, aunque nada incompatibles entre sí, rara vez se hallan juntas, hoy por hoy: una experiencia, teórica y práctica, en encuestas y cuestionarios, y un conocimiento suficiente, cuanto mayor mejor, de la lengua que estamos considerando.



No suele ser demasiado grande el espacio que se concede a la sintaxis (el término va usado en el sentido más restrictivo), pero no sería cosa del otro mundo proponer algunas cuestiones cruciales desde el punto de vista dialectológico: algunas están ya en Bonaparte y otras se nos presentan todos los días. El quid estaría solamente en la complejidad, un tanto inevitable, de las preguntas. Y no sería aconsejable entrar sobre el terreno en discusiones acerca de la aceptabilidad y aun de la gramaticalidad de las respuestas.

La morfología nominal no plantea, parece, graves problemas, puesto que la declinación por ejemplo es similar en todas partes salvo en un corto número de puntos: hay, de todos modos, mayor complicación en el pronombre que en el nombre. Pero lo que será siempre problemático es la obtención de las flexiones verbales, en particular la de los auxiliares, admitida la restricción de que no se puede violentar al informador y sacarle contestaciones por las buenas o por las malas. Jacques Allières es testigo de excepción de que en alguna parte puede darse el caso de que resulte punto menos que imposible conseguir algo tan simple como las formas básicas del presente del auxiliar intransitivo, es decir, las correspondiente a *naiz*, *da*, etc. Yo no sé qué técnica podría ser empleada, sobre todo si —como parece deducirse de alguna propuesta— se trata de recoger formas en cantidades que bien podemos llamar industriales. Tal vez, aunque con ello se aumenten los gastos y se alarguen los plazos, convenga desglosar la encuesta en dos o más, a fin de que cada uno de los aspectos de la lengua o al menos los que vayan a ser tomados en consideración pueda recibir la atención adecuada.

Para echar a andar, sólo nos falta ya gente que se sienta tentada a la empresa. Y me atrevería a hacer un llamamiento a estos investigadores o exploradores, todavía más futuribles que futuros, sin avergonzarme de ello, puesto que a fin de cuentas no se trata de tentar a nadie a que ingrese en alguna Legión Extranjera o se alistase como mercenario para algún país del Tercer Mundo. Jantzera eta orrazkeretan ez ezik, gure sail honetan ere bolarak izaten dira. Badirudi, gainera, eta hau da okerrena, ez direla hizkuntz-atlasak, ezta norberaren hizkuntzarenak direnean ere, inoiz izan ziren bezain tentagarri gazte jendearentzat. Lanbide horrek ez du, bada, langilea multzoka eta samaldaka erakarriko. Uste dut, halaz guztiz, eta espero dut ez diogula gurean deiari entzungor egingo. Euskarari, eta euskarari ez ezik baita euskaldunen eta Euskal herriaren izen onari ere, horrenbeste zor diogula esango nuke. Gu bakarrik baikara inguru hauetan biluzgorri eta lotsagarri gelditzen garenak sail horretan. Eta lotsaizunik ez balego ere, gogoan eduki behar genuke zenbat aurreraziko lukeen obra horrek hizkuntzaren ezaguera, burutan aterako bagenu inoiz edo behin. Eta orain da garaia, geroxeago igarota izango duguna, non zer eta nola esaten den ongi erabakirik uzteko Halabiz.